

SYLVIE FOLMER

**CUENTOS
DE LOBOS**

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2011

Cubierta e ilustraciones de Christian Hugo Martín

- © Traducción de Mercedes Huarte Luxán
sobre el original francés *Les Loups*
- © Éditions Albin Michel, 2010
- © Ediciones Sígueme S.A.U., 2011
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tlf.: (+34) 923 218 203 - Fax: (+34) 923 270 563
ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1769-7
Depósito legal: S. 633-2011
Impreso en España / Unión Europea
Gráficas Varona S.A.

LA ROSQUILLA DE NAVIDAD

Un espeso silencio cubría el valle. Alrededor de la casona, un halo de luz iluminaba la llanura dormida bajo la nieve. Era Nochebuena. De la cocina emanaban exquisitos aromas. El viejo dormitaba en su mecedora junto al fuego, mientras que el pequeño, con la nariz pegada a la ventana, contemplaba las blancas crestas de la montaña, que recorriban la noche. El vaho se extendía formando círculos en el cristal, que el niño rompía con dedo soñador. Y la vieja, con las manos en la masa y los ojos tiernos como la mantequilla, los miraba.

Cuando oyó el crepitar de las rosquillas en el aceite, el chico se deslizó entre las faldas de su abuela. Él era el encargado de esparcir el azúcar: ¡fundamental! Iba a espolvorear los buñuelos con nieve, mientras la punta de la lengua le asomaba entre los dientes. Era una tarea de artista. Batió palmas y el viejo se despertó sobresaltado: ¡Tenía que ir a admirar su obra! Con la pipa colgando de la comisura de los labios, desordenó los cabellos del muchacho y luego se volvió a dormir.

El pequeño se quedó dando vueltas al calor de las faldas. Cubría de nieve una rosquilla, luego corría a la ventana a ver cómo se las arreglaría para espolvorear las montañas, y después volvía a la mesa, y luego a la ventana. Como un

soplo. De pronto, se detuvo. Fuera había una larga sombra que iba y venía bajo la luna: un gran perro negro. Las huellas de sus pasos sobre la nieve eran como las huellas de los dedos en el azúcar: un soplo.

—¡Yaya! ¡Hay un perro fuera! ¡Creo que tiene hambre!

—Dale una rosquilla, hijo mío. Es Navidad para todos.

El muchacho corrió haciendo saltar de una mano a otra el buñuelo caliente y el viejo le abrió la puerta. Se precipitó hacia el frondoso bosque y el perro negro se le acercó lentamente. El chico rio al sentir el húmedo hocico hurgando en su mano azucarada. Entonces, en el umbral de la casa, el viejo dio un grito. Bajo las estrellas relucieron unos colmillos y el animal salió disparado, como una flecha negra, hacia el bosque, con el buñuelo entre sus fauces. Era un lobo. ¡Un lobo! El abuelo, sin aliento, alcanzó al chico y lo estrechó torpemente entre sus brazos. Gruñendo, se lo llevó hasta la casa.

—¡Abuela, tu pequeño se dedica ahora a alimentar a los lobos! ¡Pensar que Germán ha matado a uno la semana pasada y nosotros les damos rosquillas de Navidad!

Su mujer le envió volando un beso y él sonrió. Era hueraño, pero no rencoroso. Su Nochebuena fue entrañable.

En todo caso, al día siguiente él lo contó en el pueblo. Las mujeres conservaron a los niños cerca de ellas. Luego pasaron los meses. Lo olvidaron.

Volvió el invierno y, con él, la nieve, las largas noches, el fuego en los hogares. Y la Navidad, las rosquillas doradas, el azúcar como nieve y el valle que brillaba bajo la negra noche. Esa tarde, cuando alguien llamó a la puerta, fue el pequeño quien abrió. ¡Los lobos no llaman a la puerta! Unos minutos después volvió, radiante, con la nieve cayéndole sobre el pelo, y el pelo sobre los ojos: en las manos

llevaba un hermoso pastel de color miel. La puerta había quedado entreabierta. El viejo y la vieja se miraron mutuamente, sorprendidos. En el umbral, bajo la nieve, se hallaba un extraño, con la misma sonrisa radiante que el pequeño. Era Navidad, de acuerdo, pero al viejo aquello le parecía cuando menos un poco raro. Cuando empezaba a fruncir el ceño, el joven dijo:

–Vengo a daros las gracias, por lo del año pasado...

–Las gracias... ¿por qué? ¡No nos conocemos!

El desconocido hizo gestos con los brazos, unos brazos demasiado grandes, que galopaban por el cielo.

–Es verdad, no nos conocemos realmente. Pero, en fin, un poco sí... En todo caso, gracias por esa rosquilla...

El viejo no entendía nada; el viento le silbaba en los oídos y aquel chiflado no paraba de moverse, con sus pies semidesnudos sobre la nieve, sus cabellos alborotados y un zurrón que parecía tener mil años.

–No entiendo nada, muchacho, pero entra. Es Navidad: comeremos algo y luego charlaremos...

Se sentaron los cuatro alrededor de la sopa espesa. La luz de las velas danzaba en las ventanas. Cuando llegaron las rosquillas, el forastero se metió una en la boca, mientras decía:

–¡Mmm! Sí, lo recuerdo...

Lo miraron sorprendidos y el viejo gruñó:

–¿Qué demonios recuerdas?

El joven puso una cara rara. Luego dijo que no sabía si podía contarle. El viejo llenó su pipa, mascullando que a su edad no iban a darle miedo las historias de un jovenzuelo, mientras el pequeño se balanceaba sobre su silla, con aire soñador, el pulgar en la boca y los ojos como platos.

–Después de todo, esta historia os la debo...

La mirada del forastero se puso a explorar la lejanía. Se hubiera dicho que las paredes de la casa se volvían transparentes. Era como si, de golpe, los cuatro se encontraran calentitos pero fuera, sobre la nieve, justo al lado del bosque. Entonces los ojos del joven volvieron a posarse sobre el chico, y dijo:

—Yo tenía tu edad, chaval. Vivíamos en una granja, en el valle. Una tarde vino un vagabundo a llamar a la puerta. Fuera hacía frío y el muchacho parecía agotado. Entonces mi padre le hizo pasar. Cuando se sentó a la mesa, nosotros, los pequeños, no dijimos ni palabra. Habíamos visto otros forasteros, pero con aquel era como si todo el bosque hubiera entrado en nuestra cocina. Nos daba miedo. Y eso nos gustaba. Hubiéramos querido hacerle montones de preguntas. Pero, como él no decía nada, ni una palabra... no nos atrevimos. Y además, ni siquiera nos miraba. Sus ojos nos atravesaban. Parecían contemplar algo que nosotros no podíamos ver. Nos mandaron a la cama demasiado pronto y él fue a acostarse al granero, sobre la paja.

La voz del forastero se volvió más grave, más sombría:

—Sabíamos que no conseguiríamos dormirnos. Mi hermanita pequeña se levantaba una y otra vez para ir a mirar por la ventana... Hacia medianoche salimos de la habitación sin hacer ruido y bajamos las escaleras deslizándonos por la barandilla. En la cocina solamente estaba el abrigo, tan lleno de musgo y de ramitas que él solo parecía un bosque. Lo acariciamos un poco. Era demasiado áspero. Intentamos escondernos debajo. Demasiado pesado. Quisimos mirar por los agujeros. Estaba demasiado oscuro. Entonces, a cuatro patas, trepamos hasta el zurrón de mil años. ¡Eso sí que iba a ser interesante! Desaté la cuerda. Pero en el momento de deslizarse la mano por el hueco, algo me retuvo. Mi

brazo no quería seguir avanzando. Y los dos pequeños me susurraban: «¡No te rajes, cobardica, Guillaume!». De la penumbra de la bolsa saqué un guijarro de aristas cortantes, un mendrugo de pan, un poco de tabaco... En lo más profundo había algo pesado, espeso... Tiré más fuerte y, de pronto, ante nosotros apareció una piel de lobo. Con sus ojos, su hocico y todo... ¡Una de verdad! Vaya, iban a ver quiénes eran los miedicas de la familia. Me eché la pelliza sobre los hombros y un escalofrío febril tensó todos mis músculos. Ante mis ojos se extendió una especie de velo rojo. Salté hacia los pequeños tan alto que pasé muy por encima de sus cabezas. Cuando me volví, sus ojos estaban petrificados de espanto. En el espejo de sus pupilas vi reflejarse a un lobo.

»Mi hermanita dio un alarido y al momento salió mi padre con un fusil en la mano. Al avanzar hacia él, oí una denotación. Algo se desgarró en mi vientre y el gusto metálico de la sangre invadió mi boca. Salté por la ventana y la carne se me llenó de trozos de vidrio. Desaparecí en el bosque sin mirar atrás.

»La noche siguiente volví bajo los postigos de la ventana. Contemplé a mi madre y sus suaves maneras; a los pequeños, con sus pieles tan lisas; a mi padre y sus grandes manos cálidas. Cuando se apagaron las luces regresé solo al bosque. Durante varios meses volví todas las noches a merodear junto a la casa donde había sido amado. Pero sabía que allí ya no me esperaban más que el fusil de mi padre, las lágrimas de mi madre y los ojos espantados de los pequeños. Yo era un lobo escuálido, hambriento de ternura, exiliado de su cuerpo. Una mañana supe que la infancia, el amor, el calor, todo eso había acabado para mí. Entonces me fui a merodear por los bosques. Ni lobo ni hombre. ¡Todo el tiempo solo!

Alrededor de la mesa se hizo un largo silencio. El pequeño abrió la boca y luego la volvió a cerrar. Al silencio sucedió otro silencio. La abuela puso su vieja mano sobre la del forastero. El viejo se rascó el cuello.

—Y luego llegó esa Nochebuena, el año pasado, cuando vuestro chico salió corriendo para lanzarme una rosquilla. Para que cesara el sortilegio, era necesario que alguien me ofreciera algo caliente de comer en Nochebuena. Vosotros lo hicisteis. Aquí estoy yo. Muchas gracias.

El viejo apuró su pipa, mientras a los labios le asomaba una sonrisa:

—¡Valiente historia, muchacho! Eres un buen narrador. ¿Oyes eso, señora mía? ¡Tus rosquillas resucitan a la gente! He aquí un remedio contra los hombres lobo. Ah, yo sabía que eran buenas, pero... Sabes hacer cumplidos, forastero. ¿Verdad, mujer?

Se desprezó dando un gruñido y dejó la pipa sobre la mesa.

—¡Hala, ahora a dormir! Puedes quedarte aquí, muchacho. La historia era muy bonita.

Las luces de la casa se apagaron una tras otra. Se hizo el gran silencio de las noches de invierno. El viento acarició la pradera, la nieve descendió suavemente sobre la montaña y el resplandor de las estrellas se coló por entre los árboles.

El pequeño no conseguía dormirse aquella noche. Sintió que le subía la fiebre. Algo lo llamaba. Bajó sin ruido por la gran escalera de madera. Se coló en la cocina. Allí estaba el abrigo de lana de bosque y el viejo zurrón que parecía tener mil años. Se estremeció. Y luego deslizó su mano dentro.

EL INDIO Y EL LOBO

En la costa salvaje del norte de Canadá, Kwesalis cazaba solo. El cielo estaba cubierto; el mar, helado. Mientras caminaba a lo largo de la costa nevada, su paso era ligero y su respiración iba al compás de los latidos de su corazón, de los latidos de su mundo. Entonces divisó una larga sombra sobre una roca. Era un lobo de áspero pelaje, helado, con ojos ardientes. Las aristas de la roca le herían los flancos. Alrededor de la boca se extendía un círculo de nieve enrojecida. Cuando Kwesalis se acercó, el animal lanzó un sordo gruñido y el hombre vio brillar un hueso de gamo clavado en su mandíbula.

Entonces se puso a cantar con su hermosa voz cobriza, cálida y tranquila. Su letanía dibujó en el aire denso unas volutas que, incansablemente, iban y venían del cazador al lobo, del lobo al cazador, tejiendo un lazo impalpable. Sobre aquel hilo tendido entre ellos deslizó sus palabras, que se convirtieron en carne para que el animal pudiera saborearla, que se convirtieron en gestos para que el animal pudiera estremecerse con ellos, que se convirtieron en vida para que el animal pudiera olfatearla.

Cuando sintió que se volvía confiado, Kwesalis deslizó su mano entre las mandíbulas abiertas para retirar el hueso. Luego dijo:

—Hermano, tu dolor se ha ido.

El lobo se levantó. El hombre lo vio alejarse, rodar por la nieve a lo lejos, levantarse de un salto y desaparecer en el bosque.

Varios meses después una epidemia diezmó el pueblo donde vivía Kwesalis. Los hombres enflaquecidos y febriles, con las carnes corroídas, eran acostados aparte. Kwesalis se hallaba entre ellos. Una noche se sintió tan débil y agotado, tan dolorido que llamó a la muerte. Entonces unos aullidos taladraron el aire corrompido y dos lobos se acercaron a él. Su baba chorreó sobre el cuerpo del hombre enfermo. Mientras uno de los lobos le lamía el hombro y el brazo hasta llegar a la palma de la mano, el otro le limpiaba la cara a lametones con su lengua áspera. El cazador sintió un escalofrío y luego perdió el conocimiento. No se despertó hasta el amanecer, aturdido y débil, pero vivo. Se palpó el cuerpo. No encontró ningún rastro de sufrimiento. Se puso de pie. Echó a andar. Algunos días después estaba curado.

Entonces un hombre descendió en uno de sus sueños. Le anunció que el hacedor de chamanes había entrado en su cuerpo y que a partir de entonces sabría curar y encontrar a las almas. Al despertar, Kwesalis ya no era el mismo.

Cuando el etnólogo americano Franz Boas escuchó esta historia de sus propios labios, Kwesalis seguía siendo el chamán más famoso de la costa noroeste del Pacífico.

ÍNDICE Y PROCEDENCIA
DE LOS CUENTOS



1. La rosquilla de Navidad (Francia)	7
2. El indio y el lobo (América del Norte)	13
3. El zarevich Iván, el pájaro de fuego y el lobo gris (Rusia)	15
4. El lobo, el zorro y las cabras (Francia)	25
5. La visita a los leñadores (Francia)	27
6. En la cabaña (Francia)	31
7. La mujer-loba (Francia)	35
8. Las pestañas del lobo (Japón)	39
9. Los perros de Dios (Livonia)	43
10. El lobo y la madre (Francia)	45
11. El trovador y la loba (Francia)	47
12. Josukas (Lituania)	49
13. Las vidas de la princesa (Tíbet)	53
14. La Loba (América del Norte)	57
15. El lobo viejo (América del Sur)	59
16. El hombre del lobo (Francia)	63
17. Lobo, Zorro y la bolita de mantequilla (Siberia)	67
18. La mujer que se convirtió en loba (América del Norte)	69
19. Los Lobos y el fuego (América del Norte)	71
20. Fenrir, el lobo (Escandinavia)	75
21. El favor de los lobos (Francia)	79
22. Las confidencias al bastidor (Francia)	81
23. La oración de los lobos (Letonia)	85
24. La caza del barón de Agramonte (Francia)	89
25. Lobo y la mujer de las estrellas (América del Norte) ..	91

26. El lobo y el grillo (Francia)	93
27. La isla de los lobos (Grecia)	97
28. Un perro muy bonito (Francia)	101
29. Wolfdietrich (Francia)	103
30. El niño lobo (América del Norte)	109
31. Burchard, el lobo (Francia)	113
32. Los antiguos favores se olvidan (Rusia)	117
33. Bisclavret (Francia)	121
34. Soslan (Cáucaso)	127
35. El gaitero y los lobos (Francia)	131
36. Gengis Khan (Mongolia)	135
37. La mujer del lobo (Francia)	137
38. El hermano de Manapus (América del Norte)	143
39. La noche de los cuatro tiempos (Francia)	147
40. El lobo, la cerda y sus pequeños (Francia)	151
41. La hija del hombre lobo (América del Norte)	155
42. La loba y el cabrero (Grecia)	159
43. El pozo (Francia)	161
44. Amarok (América del Norte)	165
45. La loba negra (España)	167
46. En la boca del lobo (Francia)	173
47. Las tres gallinitas y el lobo (Francia)	175
48. El lobezno (Siberia)	179
49. La flauta de Pequeño Lobo (América del Norte)	181
50. El lobo y el perro (Francia)	185